



SI VOLVIERA A NACER

Por Santiago de Ossorno

A sus setenta y pocos, Manuel recibe al visitante con una sonrisa amplia y tranquila, de esas que se tardan toda una vida en aprender y ya no necesita ocultar. El salón huele a madera antigua y a café recién hecho; frente a nosotros, sobre una estantería, varias fotografías de sus hijos y nietos conviven con libros y objetos que ha ido atesorando durante años y le gusta tenerlos bien a la vista para ayudar a mantener vivos sus recuerdos.

Viéndolo cuesta imaginar que este hombre sereno pasase su infancia y juventud entre disciplina militar, órdenes estrictas, toques de diana, naves dormitorio e interminables pasillos donde el silencio era norma de obligado cumplimiento.

«Siéntate, hijo, que de estas cosas se habla mejor sin prisa, tomando un buen café entre amigos», me dice mientras acomoda su bastón junto al sillón. Y así comienza un viaje retrospectivo hacia un tiempo lejano que él recuerda con una mezcla de dureza, cariño, humor y cierta nostalgia inesperada.

«Apenas tenía siete años cuando me ingresaron en un colegio para huérfanos de militares», comienza su relato mirando fijamente hacia la ventana, desde la que se ven jirones de cielo azul por encima de los edificios cercanos, como si aún pudiera recordar con precisión el lejano día en que su madre los acompañó, llevándolos fuertemente agarrados de la mano para evitar que salieran corriendo, a él y a su hermano pequeño, dos años y medio menor, hasta la puerta de aquel edificio imponente.

«Siendo todavía una mujer joven, mamá enviudó de nuestro padre, capitán de Intendencia destinado en Salamanca, que había fallecido, también joven, de una grave enfermedad pocos meses antes, tras lo cual nos mudamos a esta ciudad para estar más cerca de los colegios donde sus hijos tendríamos que ingresar internos después del verano para paliar las penurias económicas que estaban por llegar».

«Yo era un crío flaco, un saco de huesos, con más miedo que ropa en la maleta y mi hermano poco más o menos igual, aunque él era tan pequeño que le asignaron una cuna para dormir. Lo primero que nos enseñaron fue a hacer la cama... pero no como la hacíamos en casa, no. Allí una arruga era casi un delito».

Se ríe, y su franca sonrisa le ilumina el rostro.

«El primer día me regañaron por no alisar bien la colcha. Imagínate. Pero también fue el día que conocí a Antonio, que a partir de entonces se convirtió en mi hermano de vida. En los internados, las amistades no se hacen: se forjan».

Mientras habla, Manuel alterna recuerdos duros con anécdotas que hoy nos pueden parecer inconcebibles.

«Nada más llegar nos entregaron los uniformes de diario, eran de color gris y tenían dos piezas, chaqueta y pantalón, camisa gris a juego, mudas de ropa interior, botas, sandalias... todo a la vez para que tuviésemos claro que nos íbamos a quedar una larga temporada, la mía duró nueve años, la suya once. Los compañeros nos dijeron que aquel uniforme era el “trapillo” y que cuanto antes nos acostumbrásemos a él mucho mejor, porque acabará siendo vuestro mejor compañero como dice nuestra canción».

«Años más tarde, íbamos cambiando de internado cada dos o tres cursos, tuvimos un director que como castigo por alguna trastada nos hizo correr bajo la lluvia. No me gustó nada... hasta que descubrí que correr me hacía sentir libre, aunque fuera solo por unos minutos. La disciplina era férrea, las normas rígidas, los horarios inflexibles, vale, sí, pero también aprendías a encontrar tus propios resquicios de libertad».

Le pregunto si alguna vez se rebeló.

«¿Rebelarme yo? ¡Qué va!», dice, y luego me guiña un ojo. «Bueno... quizás una vez. O dos. Una noche Antonio y yo, entre otros cuantos, nos escapamos del dormitorio para ver las estrellas desde el jardín y darnos un refrescante baño clandestino en la piscina porque hacía mucho calor. Duró poco porque nos pillaron enseguida, claro. Pero te juro que nunca he vuelto a ver un cielo igual».

«Con el tiempo, los internados y sus peculiaridades dejaron de ser lugares ajenos, extraños y fríos para convertirse en un mundo propio, fueron nuestra segunda casa».

«Allí empecé a convertirme en hombre, aunque fuese a la fuerza», admite. «Aprendí a respetar, a obedecer, pero también a pensar por mí mismo, a defenderme y buscarme la vida. Y a valorar la amistad como un tesoro».

Me habla de los profesores, no pocos eran militares de carrera, hubo de todo pero algunos fueron muy queridos y recordados todavía

a pesar del tiempo que ha pasado, de compañeros que hoy siguen formando parte de su vida por pertenecer también algunos de ellos a la Asociación de Huérfanos del Ejército, gracias a la cual se mantienen en contacto, reuniéndose periódicamente para mantener y afianzar los lazos de amistad que se forjaron en los internados, y de la sensación de que, pese a todo, aquellos lugares, al principio duros, inhóspitos, a veces casi carcelarios, lo prepararon para enfrentarse al mundo.

Actualmente, como jubilado, Manuel disfruta de una vida sosegada que le permite aprovechar el presente y recordar el pasado sin resentimiento.

Pasea cada mañana, cuida su salud y dedica horas a disfrutar de su tiempo libre en compañía de los seres queridos. «La vida me ha devuelto el goce del tiempo que allí dentro estaba siempre tan medido», dice con la calma y serenidad que solo dan los años.

Cuando le pregunto qué queda en él de aquel niño del internado, se queda pensativo unos segundos.

«Queda la disciplina, claro. Y el sentido del deber. Los recuerdos, buenos y no tan buenos. La serena aceptación. El espíritu de superación ante las dificultades. Pero también me queda la capacidad de saber valerme por mí mismo que me ha ayudado mucho en la vida.

¿Si volviera a nacer...? Me gustaría experimentar una infancia diferente, probablemente mejor, creciendo en un ambiente familiar, junto a los míos. Pero sé que todo aquello me hizo fuerte, y ahora vivo feliz a mi manera».